

COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

DESDE UN BOSQUE LEJANO

TECNOLOGÍA, COLAPSO Y REVOLUCIÓN

THEODORE KACZYNSKI

TRADUCCIÓN DE MARCOS NAVA



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2025
Colección La muchacha de dos cabezas

© de la traducción, Marcos Nava, 2025
© Errata naturae editores, 2025
c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-20-7
DEPÓSITO LEGAL: M-15391-2025
CÓDIGO IBIC: DN
IMAGEN DE CUBIERTA: De la reyerta
MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

<i>La lucidez y el horror.</i>	13
<i>Por qué publicamos a Theodore Kaczynski.</i>	
<i>Prólogo del editor</i>	
 LA SOCIEDAD INDUSTRIAL Y SU FUTURO	 35
 POSFACIO A	 177
«LA SOCIEDAD INDUSTRIAL Y SU FUTURO»	
 LA REVOLUCIÓN QUE VIENE	 183
 EL CAMINO HACIA LA REVOLUCIÓN	 203
 MORALIDAD Y REVOLUCIÓN.	 217
UNA MIRADA ANARQUISTA	
 GOLPEAR DONDE MÁS DUELE	 239
 EL TRUCO MÁS ASTUTO DEL SISTEMA	 251

«Y el que no tenga espada, que venda su manto
y se compre una».

LUCAS 22:36

LA LUCIDEZ Y EL HORROR.
POR QUÉ PUBLICAMOS A THEODORE KACZYNSKI

Prólogo del editor

En mi calidad de editor, la redacción de este prólogo es algo más compleja que en otros casos. Teniendo en cuenta quién es el autor de este libro, seguro que la lectora y el lector intuirán a lo que me refiero.

¿Por dónde empezar?

La primera imagen que llega a mi mente es la del rostro desencajado de Caravaggio. Pintor de vírgenes sublimes, lo veo desenvainar su espada para atravesar el muslo de Ranuccio Tomassoni, que al parecer le había arrebatado las caricias de una bella prostituta llamada Fillide Melandroni. Inclínándose sobre su oponente, que yace en el suelo, y riendo, con la carcajada bien cargada de ira, el artista le abre la bragueta, agarra su pene y se lo rebana: que no quede duda de cuál es el motivo de su venganza. Mientras tanto, la arteria femoral del caído sigue sangrando y al poco tiempo Tomassoni está muerto.

La historia del arte, la literatura y el pensamiento está poblada de monstruos. Monstruos en muchos sentidos despreciables cuyas obras, sin embargo, admiramos. Pienso en todas las tardes que pasé en la capilla Contarelli de

la iglesia de San Luis de los Franceses admirando los tres cuadros que componen el ciclo de San Mateo de Caravaggio. Aún se me pone la piel de gallina al evocar aquellas emociones tan puras creadas por la obra de un asesino. Pero podría pensar en otras tardes, aún viviendo en Roma, que dedicaba a leer los poemas que Ezra Pound compuso al tiempo que bramaba loas radiofónicas a la mayor gloria de Benito Mussolini. Me viene asimismo a la cabeza William S. Burroughs, un escritor cuyas novelas marcaron mi juventud y una parte importante de la narrativa contemporánea: lo veo tratando de vender una pistola que nadie le compra en una fiesta en el número 122 de la calle Monterrey del antiguo D. F., y allí mismo acaba por meterle un balazo en la frente a su mujer mientras juega a ser Guillermo Tell. O Louis Althusser, uno de los pensadores marxistas más influyentes del siglo xx, quien me enseñó cómo funciona la ideología y cómo descifrar el mundo tras ese descubrimiento: solo después de leer sus principales obras (por aquel entonces no existía internet), supe que, en la mañana del 16 de noviembre de 1980, Althusser le ofreció a su mujer un amable masaje en los hombros y el cuello para terminar estrangulándola en su apartamento de la Escuela Normal Superior de París, la institución educativa más prestigiosa de Francia, en la cual se forma su élite científica y humanista. También recuerdo los caminos que, con tanto esfuerzo y tantas horas de biblioteca, me abrió Martin Heidegger, uno de los últimos y absolutos gigantes de la filosofía, además de miembro del partido nazi, que, como rector de la Universidad de Friburgo,

implementó las políticas raciales del Tercer Reich, llegando a humillar a su maestro, Edmund Husserl, ya jubilado, al prohibirle el acceso a la biblioteca por ser judío.

Y, por supuesto, pienso en Theodore Kaczynski. Otro genio. Otro monstruo.

Él me enseñó cómo funciona en realidad la tecnología y los riesgos, incalculables, que asume la humanidad al aceptar la extrema dependencia que nos vincula desde hace dos siglos a ella y a su ciego e incontenible desarrollo. Entre 1978 y 1996, Kaczynski llevó a cabo una campaña de atentados durante la cual mató a tres personas, hirió a veintitrés y desafió a la CIA y al FBI, que llegaron a ofrecer un millón de dólares por su cabeza. Paradójicamente, la respuesta más civilizada a estas acciones llegó de una de sus víctimas. Gary Wright, dueño de una cadena de venta de ordenadores, recibió un paquete-bomba en 1987. La explosión le destrozó los nervios de las manos y le dejó metralla incrustada en el cuerpo para toda la vida. Sin embargo, cuando años después leyó «La sociedad industrial y su futuro» (el manifiesto que Kaczynski hizo publicar en *The Washington Post* a cambio de abandonar, al menos de manera momentánea, la violencia) declaró públicamente lo siguiente: «Es un texto de auténtico interés, con ideas lúcidas y necesarias para entender nuestra realidad». Con esas palabras, por supuesto, Wright no pretendía en absoluto justificar la violencia. Se limitó a demostrar que es posible leer con inteligencia incluso a quien te ha hecho un daño irreparable y estuvo a punto de matarte.

Theodore John Kaczynski nació en 1942 en Evergreen Park, Illinois, un suburbio de clase obrera cercano a Chicago. La familia, de origen polaco y con dos hijos, Ted y David, solía tocar música a la manera de un cuarteto, y ambos padres inculcaron en los chicos un profundo amor por la naturaleza. A David, el más joven, siempre le llamaron la atención las dificultades de Ted para hacer amigos o siquiera para tratar con la gente, pero agradecía sin medida que su hermano le cuidara y le protegiera de un modo incondicional.

Según fueron pasando los años, David estaba cada vez más impresionado por la inteligencia absolutamente singular y genial de su hermano, así como por su sentido de la independencia. Y fue esa inteligencia excepcional, en su vertiente matemática, la que llevó a Ted a la Universidad de Harvard con apenas dieciséis años, donde se graduó con honores en 1962. Para ese momento ya había resuelto varios problemas que habían hecho llorar en su día a sus profesores del MIT. Más adelante obtuvo su doctorado en Matemáticas por la Universidad de Míchigan (con una tesis doctoral sobre funciones de frontera tan brillante que, al parecer, nadie consiguió entender por completo) y la Universidad de Berkeley lo contrató como profesor sin haber cumplido los veinticinco años: el docente más joven que nunca ha integrado esta institución, una de las universidades más prestigiosas del planeta. El mundo académico le alfombraba el camino hacia la gloria científica...

Y entonces, un día de 1969, Ted miró a su alrededor y, como en aquella canción de Silvio Rodríguez, «sintió en su cabeza cristales molidos». Todo lo que vio fueron laboratorios repletos de ordenadores zumbantes, estudiantes hipnotizados por las líneas de programación de sus pantallas, animales torturados para obtener un dato estadístico y colegas que hablaban de «optimización de sistemas» como si fueran sacerdotes de una nueva religión. Contempló en un angustioso primer plano cómo la tecnología devoraba a la humanidad y cómo su amada matemática no era más que una sirvienta al servicio de las máquinas. Y decidió huir.

Lo primero que hizo fue llamar a David, pues ambos, buenos lectores de Henry David Thoreau, compartían el deseo de dejar atrás muchas de las obligaciones de la sociedad y buscar refugio en la naturaleza. Así, en aquel verano de 1969, Ted invitó a David a acompañarlo en un viaje al Yukón, en el noroeste de Canadá, con la idea de buscar un terreno salvaje en el que asentarse. Pasaron semanas deambulando por los bosques, charlando junto a las hogueras y durmiendo bajo las estrellas.

Pero ambos regresaron a Estados Unidos y finalmente compraron una parcela de cuatro hectáreas en una zona boscosa y aislada a las afueras de Lincoln, en Montana. Era 1971. David se fue a vivir a Great Falls, unos ciento cincuenta kilómetros al norte, donde encontró trabajo en una fundición de zinc, y mientras tanto Ted construyó en la parcela común una cabaña de doce metros cuadrados, sin electricidad, agua corriente o teléfono, donde se instaló. David estaba encantado con la idea

de vivir cerca de su hermano y compartir con él su pequeño círculo de nuevos amigos, a los que este se unía de vez en cuando para hablar de filosofía o jugar al baloncesto.

Aun así, la mayoría del tiempo Ted estaba solo en la cabaña. Y se puso a leer al filósofo francés Jacques Ellul. Al poco tiempo, contactó con él para discutir algunas de sus ideas. En ese momento, todavía creía en el diálogo y en la política.

Ellul había sido el primer hereje de la religión del progreso. En 1954, cuando el mundo se maravillaba ante cada nuevo electrodoméstico que llegaba al mercado y soñaba con las ciudades del futuro, este francés de estirpe anarquista acababa de publicar *La technique ou l'enjeu du siècle* (el primer libro suyo que leyó Kaczynski, en su traducción al inglés), un diagnóstico implacable sobre cómo la tecnología contemporánea se había convertido en un sistema autónomo que ya no estaba al servicio del ser humano, sino que lo utilizaba. Para Ellul, la tecnología se había transformado en un Frankenstein colectivo que crecía según sus propias leyes, indiferente a nuestros deseos o necesidades reales como individuos o como sociedad.

De aquellas lecturas a comienzos de los años setenta, la deuda más evidente de Kaczynski con Ellul es la idea de que la tecnología contemporánea constituye un sistema indivisible (no puedes quedarte con las partes buenas sin cargar también con las malas) y que se autoperpetúa. Pero hay otras, más sutiles. Por ejemplo, Ellul pensaba que el activismo social, salvo que fuera definitivamente radical, es una forma de pseudorebelión que, en última

instancia, contribuye a reforzar el sistema (como sistematizaría Kaczynski). O bien que los libros, a través de los canales habituales de publicación y difusión, no tienen capacidad real de cambiar el mundo (y es muy probable que esto llevara a Kaczynski a la extrema estrategia de publicación de su texto más importante en *The Washington Post*, como relataremos a continuación).

Sin embargo, sería un error leer a Kaczynski como un mero altavoz de Ellul. Lo cierto es que quien más tarde sería apodado por el FBI «Unabomber» no se limitó a repetir los argumentos del pensador francés, sino que los adaptó, los amplió, generó en ocasiones desarrollos interesantes y, en algunos puntos importantes, los rechazó. Así, su defensa de la violencia establece una clara ruptura, pues a pesar de la aparente ambivalencia presente en algunas partes de sus escritos, la revolución que Kaczynski imaginó es decididamente violenta, mientras que Ellul, por el contrario, abogó por la «contemplación»: «La actitud verdaderamente revolucionaria, que podría dar lugar a una brecha vital en el contexto de la sociedad tecnológica, consistiría en sustituir la exigida actividad frenética por la contemplación»¹.

Fuera como fuese, Kaczynski leyó a Ellul como otros leen el Apocalipsis: con fascinación y terror. Pero donde el filósofo francés mantenía cierta esperanza —quizá debida a su formación cristiana— en la redención, el matemático norteamericano vio la necesidad de destruir las máquinas antes de que ellas nos destruyan a nosotros. Y todo ello en

¹ Jacques Ellul, *Autopsie de la révolution*, París, La Table ronde, 2008, p. 266.

previsión, tal como anota explícitamente en varios de sus textos, de la llegada de lo que hoy ya es una realidad más que incipiente: la inteligencia artificial.

A partir de aquí, Kaczynski fue elaborando su propio sistema de pensamiento, que quedó resumido en su texto más importante y conocido, «La sociedad industrial y su futuro», en el cual presenta cinco argumentos principales: (1) la tecnología moderna constituye un sistema indivisible que se autoperpetúa y que no está bajo el control humano; (2) los seres humanos están mal adaptados, tanto desde un punto de vista biológico como psicológico, a la vida en una sociedad tecnológica; (3) el desarrollo continuado del sistema tecnológico global conducirá inevitablemente a la catástrofe (es decir, a la destrucción de la humanidad o a su completa alienación); (4) dado que el sistema tecnológico no admite ser controlado y, por tanto, no puede reformarse, es necesario un derrocamiento revolucionario de dicho sistema para evitar la catástrofe; y (5) el activismo de izquierdas es una forma de pseudorebelión que sirve, sin pretenderlo, para desviar la atención del enemigo real: la tecnología.

Sobre la base de estas nociones, cabe interpretar a Kaczynski, su obra y sus acciones, al menos de dos modos distintos. Podemos pensar que fue un ecoterrorista, como sostiene, por ejemplo, Ron Arnold en su ensayo *Ecoterror: The Violent Agenda to Save Nature or the World of the Unabomber*. En este sentido, es cierto que Kaczynski sentía desde niño un amor apasionado por la naturaleza, leía habitualmente publicaciones ecologistas radicales como

Live Wild or Die!, mantenía correspondencia con la Wilderness Society desde 1969 y estuvo implicado en las actividades de grupos ecologistas radicales como *Earth First!* desde 1987. Y, sobre todo, en sus escritos sitúa la naturaleza salvaje como contra-ideal absoluto de la tecnología e inspiración del futuro movimiento revolucionario.

Pero también podríamos pensar que Kaczynski era, antes que nada, un primitivista cultural o un neoludita, tal como propone, entre otros, Alston Chase en su ensayo de investigación *Harvard and the Unabomber: The Education of an American Terrorist*. Según este autor, el núcleo de su pensamiento no estaría constituido tanto por la vertiente ecologista radical como por la lectura de un conjunto de autores entre los que destacarían Thomas Jefferson, Karl Marx, Lewis Mumford, Paul Goodman, Thorstein Veblen, Oswald Spengler, Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, Henry David Thoreau, Ruth Benedict, Margaret Mead, Sigmund Freud, Alfred Adler, B. F. Skinner, Theodor W. Adorno, Desmond Morris, Martin Seligman y, por supuesto, Jacques Ellul.

Es probable que ambas hipótesis sean verdaderas y perfectamente compatibles. Eso es al menos lo que los hechos refieren (la biblioteca incautada en su cabaña tras su detención, por ejemplo) y lo que el lector puede deducir tras la lectura de «La sociedad industrial y su futuro», un ensayo que se publicó por primera vez el 19 de septiembre de 1995 en un encarte especial de *The Washington Post*, precedido por el siguiente texto escrito por los responsables del periódico:

El ensayo que publicamos a continuación fue remitido el pasado mes de junio a *The New York Times* y a *The Washington Post* por una persona que se identifica a sí misma como FC, y a la que el FBI denomina «Unabomber». Dicha persona está implicada en tres casos de asesinato y en dieciséis atentados con bomba. Tras enviar este texto, amenazó con enviar también una bomba a un destino no especificado «con la intención de matar», a menos que uno de ambos periódicos publicara su manuscrito. La fiscal general y el director del FBI nos recomendaron su publicación. En la primera página del periódico de hoy el lector podrá encontrar un editorial que explica nuestra decisión a la hora de publicar este documento.

Tras una tirada inicial de 850.000 ejemplares aquel 19 de septiembre y, posteriormente, una amplia difusión en internet, es probable que fuera, al menos en ese momento concreto, uno de los ensayos de teoría crítica radical con mayor distribución de la historia.

También es un texto importante. Esta última consideración no implica que se avalen todos los argumentos o posiciones defendidos en él por Kaczynski, ni tampoco la estrategia que llevó a su publicación. Pero, desde un punto de vista objetivo, pocos ensayos están a su altura a la hora de abordar de forma crítica uno de los principales y más graves desafíos que acorrala hoy en día a la humanidad: la progresiva y creciente extinción de la libertad humana a cuenta de un modelo de dependencia de la tecnología que se ha convertido *de facto* en una auténtica necesidad vital, y que, en el contexto del ya ineludible

cambio climático y el imprevisible desarrollo de la inteligencia artificial, amenaza con un daño irreparable y definitivo. En última instancia, el núcleo de la «genialidad» kaczynskiana reside en haber entendido en toda su extensión algo que la izquierda y el pensamiento crítico tradicionales nunca quisieron ver: que al hacer las ultimísimas cuentas, el problema ya no es el capitalismo, sino la tecnología; no es la propiedad privada, sino la organización industrial; no son los burgueses, sino las máquinas.

Entre tanto, David, el hermano de Ted, dejó su trabajo e, inspirándose en la lectura del filósofo alemán Martin Heidegger (ese otro monstruo al que nos hemos referido más arriba), decidió mudarse al desierto, a un lugar bastante aislado, para, según sus propias palabras, «explorar el verdadero Ser». Corría el año 1982 cuando se instaló en una gran zanja rectangular que había cavado él mismo y cubierto parcialmente con láminas de hojalata ondulada. Vivió allí durante casi ocho años, carteándose con su hermano y compartiendo ambos sus respectivas experiencias de inmersión en la naturaleza y de recreación de una forma de vida más auténtica y ligada a la tierra y a la esencia. Finalmente, tras enamorarse de Linda Patrik, una profesora de Filosofía y practicante budista (como lo sería él también muy pronto) y a la que conocía desde su juventud, David dejó el desierto para trasladarse a Nueva York.

Linda fue, de hecho, la pieza clave que llevó a la detención de Ted.

Cuando «La sociedad industrial y su futuro» se publicó en *The Washington Post*, ella le comentó a David que muchas frases e ideas de aquel texto se parecían de manera llamativa a las cosas que solía decir Ted y a su modo de expresarlas. David no lo había pensado. En los siguientes tres meses, David trabajó con un investigador privado y un antiguo experto en ciencias del comportamiento del FBI para valorar la hipótesis de que Ted fuera el Unabomber. Finalmente contactó con el FBI. La detención de su hermano se produjo seis semanas después, en abril de 1996. Ted se negó a seguir la estrategia de exculpación de sus abogados, que querían alegar problemas graves en su salud mental, y declarándose en plena disposición de sus facultades mentales aceptó un acuerdo que le evitó la pena de muerte y lo condenó a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional.

David pasaría casi tres décadas escribiendo sin descanso a su hermano; años marcados por la nostalgia de su pérdida, a veces por los contradictorios remordimientos y en todo momento sumido en un intenso proceso de autorreflexión. Ted no contestó jamás ni a una sola de sus misivas. Tampoco aceptó ninguna visita. «En última instancia, solo quería decirle en persona que sentí la obligación moral irrevocable de detener la violencia», declaró David en una ocasión.

Pero David también escribió a todas las víctimas que sobrevivieron y a las familias de las tres personas que mu-

rieron a causa de las bombas de su hermano, disculpándose y ofreciéndoles su ayuda. El único que le contestó fue Gary Wright, el dueño de la cadena de venta de ordenadores del que ya hemos hablado más arriba. «David, tú no tienes nada de qué disculparte», le dijo Gary. Ambos hombres se hicieron amigos. Empezaron a ir juntos a conciertos de música *country* y a partidos de béisbol. E hicieron muchas apariciones públicas para reclamar el fin de la pena de muerte y enarbolar el poder del perdón.

Por supuesto, «La sociedad industrial y su futuro», así como el resto de ensayos de Kaczynski, no son solo una obra filosófica, sino también un síntoma. Para entender su valor, conviene por tanto situarlos en el contexto ruinoso del último ciclo revolucionario en Occidente. Los años setenta y ochenta fueron, al menos hasta la fecha, el canto del cisne de la acción armada en esta zona del mundo: las Brigadas Rojas en Italia, la Fracción del Ejército Rojo en Alemania, Acción Directa en Francia, ETA en España y Euskadi, el Black Panther Party en Estados Unidos... Todos estos grupos compartían una convicción que hoy resuena con un extraño tono arqueológico: la certeza de que era posible cambiar el mundo mediante la violencia organizada dirigida contra las élites, desapropiando al Estado de su monopolio.

Como sabemos, la derrota de estos movimientos no fue solo policial, sino que, con el paso de los años, obtuvo

entre la sociedad un cierto tinte ontológico. La izquierda europea perdió la fe en la transformación revolucionaria de la sociedad, y la ciudadanía, especialmente a través de los medios de comunicación, terminó por interiorizar el tabú desde entonces incontestable de la violencia política. Al mismo tiempo, los nuevos filósofos posmodernos fueron realizando las sucesivas autopsias de los llamados «grandes relatos» y terminaron por firmar el triunfo definitivo del espectáculo sobre la realidad. Debord se fue quedando sin lectores y Lipovetsky nos hablaba de una nueva era pospolítica donde todo conflicto se resolvía en el supermercado de las identidades.

Aunque resulte incómodo, es fundamental reconocer que, en este contexto de derrota y desencanto, los pensadores de izquierdas se refugiaron en una crítica puramente discursiva. Todos leíamos libros brillantes sobre la dominación, citábamos artículos devastadores sobre el neoliberalismo, asistíamos a conferencias magistrales sobre la alienación... Sin embargo, toda esa compulsión, signo más o menos secreto de su esterilidad, se había convertido ya en una mera postura intelectual sin relación alguna con la realidad ni con una estrategia concreta para su transformación. La palabra había perdido su potencia.

Y entonces apareció Kaczynski.

De repente, aquel lobo solitario que se radicalizó en una biblioteca leyendo a los mismos autores que los demás admirábamos, parecía representar algo que la izquierda creía perdido para siempre: un vínculo sólido entre la teoría y la práctica, la voluntad decidida de actuar sobre la realidad

material en lugar de limitarse al juego de los símbolos. Sus bombas no eran solo artefactos explosivos, en alguna medida también eran argumentos filosóficos rellenos de metralla. Su violencia no era irracional, era la conclusión lógica de un conjunto de premisas que muchos compartían (incluido Gary Wright, una de sus víctimas, como hemos visto más arriba), pero que nadie más se atrevía a llevar hasta el final.

Esto explica, sin duda, la incomodidad que genera la figura de Kaczynski. A fin de cuentas, él es el espejo en el que se miran todos los intelectuales radicales de las últimas décadas y en el que ven reflejada su propia impotencia, verdadera o imaginada, tras el hundimiento de las esperanzas revolucionarias. Aunque tal vez estaba guiado por un pensamiento paranoico, lo cierto es que Kaczynski sacrificó su vida para religar sus palabras con sus acciones, mientras que la mayoría de los representantes de la teoría crítica actual sigue viviendo en la esquizofrenia de pensar de una manera y actuar de otra. Esto no justifica las bombas, el dolor, el horror. En absoluto. Pero creo que no deberíamos rechazarlo sin preguntarnos antes qué nos dice sobre nosotros mismos, nuestro pasado reciente y nuestro inminente futuro.

Escribo estas líneas en septiembre de 2025. Theodore Kaczynski se suicidó hace poco más de dos años en su celda de la Prisión Federal de Butner, en Carolina del Norte.

Al parecer se ahorcó con los cordones de unos zapatos anudados a una barandilla de apoyo para discapacitados. Tenía ochenta y un años y padecía un cáncer rectal.

Tras conocer por la prensa el fallecimiento de su hermano, David intentó desesperadamente recuperar su cadáver. A lo largo de varios meses escribió en numerosas ocasiones a la prisión, siempre sin respuesta. En su último correo electrónico, decía:

A quien corresponda:

por favor, por favor, POR FAVOR, denme el teléfono de alguien con quien pueda hablar. No tener ni siquiera noticias de ustedes me parece despectivamente cruel. ¿Acaso este es el trato que la Oficina de Prisiones ofrece a otras familias de presos fallecidos? Lo crean o no, yo quería a mi hermano.

David sigue sin saber qué pasó con el cuerpo de Ted.

Desde entonces, a menudo le preguntan por los escritos de su hermano, que en años recientes han adquirido nueva relevancia. «Parece que cada vez más gente se toma en serio sus ideas», dijo hace poco en una entrevista. Y añadió: «¿Hacia dónde vamos con cosas como la inteligencia artificial? ¿Pondrá la IA en riesgo la libertad humana y envenenará nuestra capacidad básica de pensamiento creativo y original? Y si es así, ¿cómo nos protegeremos de ella? ¿Cómo preservaremos la esencia misma de nuestro ser espiritual? ¿Tendremos aún la posibilidad de sanar nuestra relación con la Madre Natura-

leza, que alguna vez fue íntima, antes de que sea demasiado tarde?».

David no da palos de ciego. El consenso científico sobre los riesgos mayores de la inteligencia artificial, contra los que alertaba Ted de forma explícita, crece cada día. Una mayoría de expertos acepta como objetivo e inminente, por ejemplo, el riesgo de un desempleo masivo y súbito (con las trágicas consecuencias sociales que podemos imaginar), pues la automatización favorecida por la IA podría crear un desplazamiento laboral mucho más rápido de lo que la sociedad actual es capaz de manejar. Esta situación podría llegar al punto de que en muy poco tiempo los humanos se volvieran irrelevantes en casi todas las actividades económicas y creativas. Paradójicamente, esto nos llevaría a un modelo de dependencia extrema de la tecnología (al perder progresivamente cualquier tipo de habilidad humana, delegada en la IA), a la erosión radical de nuestra autonomía y, por último, a la pérdida de propósitos vitales, pues si la IA puede hacer todo mejor que nosotros, podríamos enfrentar una crisis existencial colectiva de una magnitud desconocida.

Y, sin embargo, quizá esto sea solo el principio. Cada vez más científicos alertan contra riesgos de otra clase. Nos cuentan que existe ya un elevado peligro de «desalineamiento» (es decir, de que una IA superinteligente optimice objetivos propios de maneras imprevistas y destructivas, dando lugar a una pérdida completa del control humano). Asimismo, entre los expertos aumenta rápidamente el miedo a la instauración irrevocable de

monopolios tecnológicos (de modo que unas pocas entidades puedan controlar sistemas globales de IA que les den el poder absoluto sobre la economía y la sociedad). Dichos monopolios conducirían con suma facilidad a un autoritarismo perfecto, es decir, a estados totalitarios sostenidos sobre IA avanzadas que estableciesen sistemas de control y vigilancia ineludibles.

Y a todo ello se suman los llamados «Riesgos Emergentes de los Sistemas Complejos», es decir, comportamientos impredecibles de diversos sistemas de IA interactuando entre sí y que podrían generar dinámicas caóticas o fallos en sistemas críticos con consecuencias globales instantáneas. En último término, la IA podría no solo homogeneizar el pensamiento humano, devaluando hasta el extremo nuestra diversidad cognitiva natural, sino también influir en la evolución de la humanidad de formas imprevistas y, mediante un proceso creciente de imbricación (como sugiere Kaczynski), alterar lo que significa ser humano.

Pero, además, es fundamental comprender que en breve la IA no será una opción, sino, a efectos prácticos, una *obligación*. Como ocurre con el teléfono móvil o el correo electrónico, puedes decidir no usarlos, pero entonces, al menos para una amplia mayoría de personas, es muy posible que tengas enormes dificultades, por ejemplo, para encontrar trabajo y tener una vida digna. Como bien explica Kaczynski en sus escritos, cuando una tecnología nueva de alcance estructural se impone, da igual que sea la electricidad, el motor de explosión, internet o la IA, lo que en principio se presenta para la sociedad como una

posibilidad se convierte enseguida en una necesidad. ¿O cómo y dónde sobrevivirías sin hacer uso de las cuatro tecnologías que acabo de citar? Todos usamos o usaremos la IA, aunque muchos sabemos que puede causar al menos algunos de los terribles daños referidos más arriba. Como todos utilizamos otras tecnologías que sabemos que agravan el cambio climático, lo que sin duda causará daños extremos para la humanidad. Y lo hacemos porque no nos queda otra opción si, una vez desechada la posibilidad de la zanja en el desierto o la cabaña en los bosques, queremos seguir viviendo en esta sociedad, seguir compartiendo tiempo con nuestros amigos, seguir amando a nuestros seres queridos. Porque, en efecto, tal como Kaczynski aprendió de Ellul, la tecnología se autoperpetúa y no está ya al servicio del ser humano (hasta el extremo no lo está, de hecho, que hoy amenaza su supervivencia).

En este contexto, creo que sería sencillo convenir que las preocupaciones de Kaczynski, tal como las expresó en sus ensayos, no suenan ya como delirios de un ermitaño paranoico. Aunque no sé si cabe repensarlas como las ideas de un visionario cumpliéndose a cámara rápida, en cualquier caso, estoy convencido de que merecen ser leídas con atención. ¿Significa esto que debemos abrazar sus respuestas? Por supuesto que no. Pero es cierto que Kaczynski nos confronta con una de las paradojas más inquietantes de la mente humana: la coexistencia de la extrema lucidez analítica y la clara ceguera moral. E incluso práctica. Pues, al fin y al cabo, sus atentados rara vez llegaron a golpear a las personas o a las instituciones

adecuadas para, al menos, crear el efecto deseado por su autor. En realidad, es muy probable que ese modelo de terrorismo sea de todo punto ineficaz para prender la chispa de una gran insurrección contra el sistema tecnológico e industrial contemporáneo, como él pretendía, mientras que sirvió para connotar negativamente y ocultar a un pensador original y radical.

Como consecuencia, muy pocas personas han leído correctamente la propuesta teórica de Kaczynski. Tal como nos recuerda su hermano, «las oleadas de ira y desesperación nacidas de la impotencia más absoluta nunca pueden canalizarse para generar una transformación social positiva a largo plazo. Y me temo que los actos violentos de Ted solo sirvieron para estigmatizar su pensamiento. Como resultado, su brillante análisis de la tecnología ha sido descartado por muchos como los desvaríos de un loco».

Tanto es así que esta es la primera edición en castellano de sus principales escritos, casi treinta años después de su detención. Su objetivo no es engrandecer el mito de ningún forajido, sino ofrecer al lector una herramienta teórica y crítica que, en los tiempos que vivimos, parece cada día más necesaria.